

LILIANA WEINBERG
EDITORA

**ENSAYO, SIMBOLISMO
Y CAMPO CULTURAL**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2003

Ilustración de la portada:
Carolina Magis Weinberg, *Papel picado*, 2003

Primera edición 2003
D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Ciudad Universitaria, México D.F.
ISBN 968-36-6094-0 (para la serie)
ISBN 970-32-0986-6 (para la obra)

Esta publicación contó con los auspicios del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México y la Universidad Nacional Autónoma de México

PRESENTACIÓN

Por *Liliana* WEINBERG
RESPONSABLE DEL PROYECTO “ENSAYO,
SIMBOLISMO Y CAMPO CULTURAL”

LA PRESENTE OBRA **es** resultado de las actividades del proyecto de investigación ‘‘Ensayo, simbolismo y campo cultural’’ y del encuentro académico con el que culminaran nuestros trabajos. Se trata de un esfuerzo de diálogo académico en el que confluyen fundamentalmente los enfoques de ensayistas y estudiosos de la literatura, la filosofía, la historia y la antropología, con el objeto de revisar la teoría del ensayo y los aportes que las nuevas corrientes en el estudio de la interpretación, los procesos de simbolización y la génesis del campo cultural han constituido para la comprensión de los textos.

La perspectiva de estudio que aquí se propone **es** radicalmente diferente de la que hace del ensayo un género cristalizado o una forma inestable, precaria, superficial. Muy por el contrario, hemos procurado indagar la *complejidad* y la *necesidad* del ensayo y otras manifestaciones en prosa a él ligadas en su coherencia textual, en su apertura al mundo de los valores a la vez que en su especificidad formal y **su** autonomía relativa del contexto. Hemos procurado también revisitarse el viejo problema de la verdad en el ensayo y el incómodo sitio que muchos le asignaron entre poesía y filosofía. La dinámica ensayística combina de manera característica crítica e interpretación, puesta en valor y despliegue de sentido, destinados **a** una comunidad de lectura que el propio ensayista hasta cierto punto diseña cuando se refiere a un ‘‘nosotros’’. De allí, por lo demás, el papel que tocó cumplir al ensayo en nuestra América. El ensayo concentra y expande el ciclo infinito del leer y el escribir, del nombrar y el interpretar, del mostrar y el demostrar, del explicar y el imaginar, al reactualizar los procesos de crítica e interpretación de los textos de la cultura.

La hipótesis fundamental que ha guiado los trabajos del proyecto y que se procuró someter a prueba en el encuentro con los

especialistas invitados, así como en las diversas propuestas de lectura de los textos seleccionados, **es** que una de las operaciones básicas llevadas a cabo en el ensayo **es** la interpretación, y **es ésta** a **su** vez la que permite entender la dinámica de los procesos de enlace de texto y mundo, lectura y escritura, crítica y creación, puesta en valor y despliegue de sentido.

El ensayista **es** un gran lector del mundo y un activo intérprete de libros y tradiciones culturales. El ensayo nos ofrece una interpretación del mundo a través de un nuevo mundo interpretado. Pensar el ensayo como una reactualización de los ejercicios de crítica e interpretación nos permite acercarnos de un nuevo modo a problemas tales como la relación entre ensayo y verdad, o al de la relación del ensayo con otras clases de textos dedicados al debate de ideas. El quehacer del ensayo nos conduce al problema de la relación entre representación e interpretación, al problema del intérprete como crítico y a la dimensión creativa de toda interpretación, capaz de generar un nuevo texto interpretativo a la vez que de ofrecer un nuevo mundo interpretado que por **su** parte el lector someterá a nueva interpretación. El ensayo se despliega entre esos extremos que Ricoeur abarca en **su** “dialéctica entre el acontecimiento y el sentido”, entre la situacionalidad y la particularidad de la experiencia y su inscripción en un horizonte de sentido a través del ejercicio de la interpretación, predominante en ella. Se despliega además, para seguir con términos de Ricoeur, a través de una dialéctica entre la explicación y la comprensión. El ensayista se inscribe también, a través de diversos procesos de simbolización y conceptualización, en una tradición cultural y un campo intelectual específicos, puesto que la creación ensayística está ligada a procesos de interpretación y simbolización que se desencadenan a partir de la situación concreta del escritor y **su** intención de nombrar y entender el mundo. **Así** como la voz del hablante concreto, surgida en un lugar y tiempo específicos, se inscribe en esa entidad social llamada lenguaje, al que a **su** vez obliga a cotejarse con el mundo y relacionarse con una escucha, la experiencia vital e intelectual del ensayista se vuelve lengua y escritura para vincularse a un horizonte de sentido ligado a una comunidad hermenéutica específica y a una serie de instituciones sociales y culturales sólo comprensibles históricamente.

En una de **sus** acepciones, interpretar significa explicar una palabra a través de otra, o también traducir. Como lo plantea Steven Maillou, todo intérprete **es** un intermediario o agente entre el texto que se explica o traduce y **su** audiencia. Esta actividad incluye entonces un *qué*, un *cómo* y un *para qué* se explica o traduce. Por otra

parte, además del problema de la relación “hermenéutica” entre el intérprete y el texto, hay otra cuestión que **es** la relación “retórica” que da un marco a la interacción de los intérpretes con otros al tratar de determinar cuál es el sentido correcto. De este modo, interpretar no **es** sólo una cuestión privada que se da en la lectura individual, sino también una cuestión pública, en cuanto relación entre intérpretes e interpretaciones, diálogo entre lectores y tradiciones; **así** como hay una perspectiva que hace de la interpretación un acto de persuasión, hay una “política” de la interpretación, que tiene que ver con un contexto sociopolítico o un campo intelectual específico.

El concepto de interpretación, que muchos consideran estrictamente ligado a la hermenéutica, se enriquece con un sentido antropológico más amplio del interpretar como una forma del entender, del comprender, que implica una puesta en relación de nuestro acervo de saberes y creencias con un determinado estado del mundo. De este modo, el ensayista no **es** sino un “entendedor”, que lleva a cabo de manera especializada la universal actividad del hablante-intérprete, en **su** permanente confrontación de lenguaje y mundo destinada a un interlocutor, un lector y una “escucha”.

Conforme se fueron imponiendo en el campo de las ciencias sociales y las humanidades los modelos formalistas, centrados en categorías y conceptos como signo, código y arbitrariedad, se fue reconfigurando la discusión en torno a otros temas tales como simbolización, representación, intencionalidad. **A** pesar de que los aportes de Louis Hjelmslev sobre la connotación y de Leiv Flydal sobre el símbolo abrieron valiosas perspectivas, en general el lugar del símbolo y la interpretación, nociones fundamentales en la reflexión de Peirce, quedó relegado al trabajo de otros estudiosos, en cuyos análisis el símbolo pasó a ser considerado predominantemente una forma particular del signo.

Por nuestra parte, nos hemos propuesto estudiar las formas discursivas y textuales, y en especial **el** ensayo, desde la perspectiva de los procesos de simbolización, perspectiva que sin duda enriquecerá la de los procesos de significación en general. En lugar de considerar al símbolo como un caso particular del signo -cuyos rasgos son terceridad, carácter indirecto, convencional, etcétera—, consideramos que el amplio campo de los procesos de simbolización permite arrojar nueva luz sobre la significación misma. Esto nos conduce a su vez al problema del uso, el sentido y el carácter social del lenguaje y nos obliga a repensar los conceptos de arbitrariedad y motivación, centrales para la teoría estructural de la significación.

Claude Lévi-Strauss escribe en *Tristes trópicos* que no *es* posible postular una continuidad entre experiencia y realidad, y que, más aún, “para llegar a la realidad debemos primero repudiar la experiencia, aun cuando luego debamos reintegrarla en una síntesis objetiva en la cual el sentimentalismo no desempeñe parte alguna”.¹ Confundidos **con** la subjetividad y el “sentimentalismo”, problemas como los de intencionalidad, experiencia y uso habrían de quedar postergados por mucho tiempo en el estudio de las obras literarias, a partir de la posición hegemónica que los diversos formalismos ocuparon en distintos ámbitos del conocimiento. Sin embargo, aportes como el de la pragmática y otras líneas de reflexión han permitido reforzar la consideración del carácter procesual, temporal, dinámico y nunca cerrado de la producción de sentido.

“Cuando alguien dice algo a alguien -escribe Tomás Segovia—, no lo hace sólo para recordar reglas gramaticales o aspectos léxicos, sino para significar al oyente algo acerca de la realidad efectiva, cosa que no significan por **sí** mismas las reglas de la gramática ni las listas del **léxico**”.² Para Segovia, los procesos de significación se desencadenan a partir del uso efectivo que hacen los hablantes: la significación tiene que ser, por tanto, intencional o necesaria, condiciones que sólo se dan en los enunciados efectivos (esto **es**, en los enunciados de la lengua), y no en un diccionario o en un modelo abstracto. De manera solidaria al uso efectivo y al proceso de “nombrar”, se desencadena el proceso de interpretación:

en la interpretación el sentido se constituye *en* el tiempo de la exploración, y no en el no tiempo de la certidumbre encontrada, que está a la vez ya allí desde siempre y sólo revelada instantáneamente. El proceso significativo, en la interpretación, tiene la misma estructura que en la historia, no que en el conocimiento. Es el *trabajo* interpretativo lo que tiene sentido, y si en el conocimiento objetivo [...] la fórmula tiene toda la virtud de las etapas por **las** que se llega a ella [...], en cambio en **la** interpretación la fórmula deja perder lo decisivo, que es precisamente lo que sucede *durante* la interpretación.³

¹ Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos* (1a. ed. en francés, 1955), pról. de Manuel Delgado Ruiz, trad. de Noelia Bastard, México, Paidós, 1992.

² Tomás Segovia, *Poética y profética*, México, El Colegio de México, 1985, p. 242.

³ *Ibid*, pp. 483-484.

El ensayo se desencadena como movimiento interpretativo; he allí ya un elemento intencional: la anticipación da la dirección de la búsqueda a emprender.

Ahora bien, la escritura del ensayo, fruto, como diría Barthes, del encuentro de una experiencia privada con el orbe social, se inscribe también en un entorno amplio, en un entorno institucional y en un horizonte universal de sentido, y tiene en la mira a un lector. Retomando una vez más ideas de Segovia, el momento de diálogo entre **yo** y **tú**, fundante de todo acto de sentido, se completa con la presencia de un tercero, **él**, un testigo mudo que escucha y garantiza la continuidad del sentido, pero también con la participación del **yo** en un **nosotros**. Este juego de las personas permite comprender la compleja relación entre el ensayista, **su** lector y el horizonte de sentido en que se inscribe ese encuentro, horizonte que **es**, además, tiempo: el sentido se da en el tiempo. En el ensayo se pueden rastrear pues las huellas de todo un sistema de relaciones entre **yo**, **tú**, **él** y **nosotros**. El propio texto, producido desde la intimidad de la experiencia y el trabajo con el lenguaje, recrea las diversas posiciones que el ensayista adopta respecto de la tradición cultural y literaria (efectivamente puede el autor, por ejemplo, y como lo dice Borges, “inventar” a **sus** precursores), **su** época (en todo autor moderno conviven creador y crítico, como lo demuestra Paz), y establece un complejo sistema de alianzas, afinidades y rechazos, a partir de la estrategia de la determinación del **nosotros**, que **es** a la vez inclusión y exclusión (una estrategia que un ensayista como Ezequiel Martínez Estrada supo conducir con maestría). El ensayo **es**, como ha escrito Carlos Piera, ejercicio de responsabilidad: entender el mundo, explicarlo desde la provisionalidad de una determinada posición, predicar sobre él desde el lenguaje, en un vasto trabajo que abarca los actos de nombrar, experimentar, representar, probar, intentar, explorar, enjuiciar, criticar, interpretar, simbolizar, imaginar: todo esto significa ensayar.

La comprensión de la obra literaria no puede por tanto reducirse al estudio del código y la estructura: para leer un texto **es** también necesario apelar al uso y a la referencia a un mundo, al diálogo con una tradición y a la continua reinterpretación del sentido, y por tanto a la relación con el habla concreta, con un lenguaje en permanente renovación y con un mundo. Es por tanto irreductible a un mero proceso ahistórico y descontextualizado: el habla, el uso, la interpretación no son meramente resultado de la puesta en contexto de un sistema significativo, sino que son pre-

vios a él y fundantes de sentido. Pero si por muchos años se impuso en el medio académico un modelo de análisis textual que reducía los procesos de significación al funcionamiento de un &diago desarraigado del contexto, tras la crisis de los diversos modelos formalistas comienzan a proponerse otras líneas de interpretación, tales como, por ejemplo, la hermenéutica fenomenológica de Paul Ricoeur, o la perspectiva que defiende el concepto de **es**-critura, particularmente productivo para el estudio del ensayo, **co**mo lo muestra *Barthes a l'essai: introduction au texte réfléchissant*, obra de Réda Bensmaïa, quien retoma a su vez al último Barthes, para el que el ensayo **es** “táctica sin estrategia”, escritura desligada de la argumentación.⁴ Para las corrientes postestructuralistas, como lo dice Claire de Obaldia en *The essayistic spirit*,⁵ todo discurso **es** representación de su propia forma de representación y no admite ningún punto externo objetivo o ninguna perspectiva metalingüística desde los cuales pueda discutirse el texto. Siempre según Obaldia, el paso de la reproducción imitativa a la creativa “afecta inevitablemente la distinción y la jerarquía tradicionales entre lo original y lo derivado, lo central y lo periférico, la creación y el **co**mentario, lo primario y lo secundario, que gobiernan la crítica tradicional”: “al desarrollarse visiblemente ‘al lado de’ y al mismo nivel del ‘pre-texto’, la cita a pie de página o la glosa desencadenan una situación en la cual todos los textos son igualmente secundarios y por lo tanto primarios”.

La perspectiva que se ha comenzado a explorar desde este proyecto **es** también crítica de la postura que sintetiza Obaldia. Coincidimos en que el ensayo **es** “reproducción creativa”, y que hay en él, desde los orígenes, con el propio Montaigne y más tarde con los románticos, un planteo implícito del problema de la mimesis, y por ende una puesta en duda de las perspectivas tradicionales de representación del mundo. Pero la obra de los diversos ensayistas debe **ser** examinada en su contexto, y no consideramos que el descenramiento y la deriva de sentido derrideanos sean equiparables a la postura con que Montaigne emprende la lectura crítica de la tradición. No creemos tampoco que sea posible abolir tan fácilmente la discriminación entre textos primarios y textos secundarios. La

⁴ Réda Bensmaïa, *Barthes a l'essai: introduction au t a e réfléchissant*, Gunter Narr Verlag, 1986, hay trad. al inglés *The Barthes' Effect. The essay as reflective text*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.

⁵ Claire de Obaldia, *The essayistic spirit, literature, modern criticism, and the essay*, Oxford, Clarendon Press, 1995, p. 56. La traducción es mía.

perspectiva escritural debe ser también sometida a crítica desde el estudio de **los** problemas del uso y desde la confrontación del lenguaje con esa realidad efectiva a la que se refiere Segovia, cuyas ideas compartimos plenamente, para quien “lo radicalmente social **es** el lenguaje”, y todo proceso de sentido se da en el tiempo.

En cuanto a los tres términos que encabezan proyecto y obra colectiva, el “ensayo” **es** considerado una clase de textos en los que se despliega prioritariamente un proceso interpretativo. Se considera que **el** viejo sistema genérico, basado en criterios clasificatorios en buena medida exteriores al mundo del texto, no es ya el adecuado para dar cuenta de esta manifestación que mucho comparte con las otras modalidades del nombrar y el predicar.

Estudiar el ensayo implica por tanto profundizar en el análisis de fenómenos de producción de sentido, ya que no resultan de ningún modo satisfactorias ni suficientes todavía las aproximaciones tradicionales que han abordado los vínculos del ensayo con la poesía y la filosofía.

Si retomamos la noción de que el ensayo **es** ‘reproducción creativa’, representación crítica de los problemas de representación, llegaremos a otra serie de ideas afines: el ensayo **es** creación dentro de una tradición, **es** interpretación y crítica, **es** despliegue de procesos de simbolización y conceptualización.

El ensayo está también puesto en una situación concreta y se enlaza con una tradición intelectual y cultural. El ensayista, como dice Adorno en “El ensayo como forma”, no saca nada de la nada, sino que examina conceptos preformados culturalmente. Ha sido Adorno, por lo demás, uno de los primeros en descubrir el fuerte vínculo entre ensayo e interpretación.⁶ Por nuestra parte **sostene**mos que, además de reexaminar conceptos preformados por una tradición intelectual y cultural determinada, el ensayista se relaciona con fenómenos de producción y reinterpretación de símbolos. Para decirlo con mayor precisión, siguiendo a Dan Sperber, no se trata de símbolos en cuanto unidades discretas, sino de procesos de simbolización. En Última instancia, como lo dice N. Abraham, “Toda obra de arte simboliza la dialéctica universal de la simbolización misma”.

Las ya largas discusiones en torno a la definición de signo y símbolo y a problemas como los del carácter arbitrario o convencional

⁶ Theodor W. Adorno, “El ensayo como forma” (1958), en *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, 1962, pp. 11-32.

de la relación entre significante y significado, así como la dimensión social de la actividad simbólica o su aptitud para transmitir significados de manera sintética y permitir la reinterpretación de representaciones culturales, pautas de comportamiento y valores de memoria, han dado lugar a interesantes estudios contemporáneos.

Fue Kant quien inició una nueva corriente de meditación sobre el símbolo, corriente que habría de llegar a nuestros días a través de la monumental *Filosofía de las formas simbólicas* de Ernst Cassirer, obra en la que se insiste en un enfoque del simbolismo como problema epistemológico. En *Filosofía de las formas simbólicas*, y en *Esencia y efecto del concepto de símbolo*, el filósofo neokantiano se preocupa por la relación entre simbólica y epistemología, define al hombre como *homo symbolicus* y considera que el concepto de símbolo permite “abarcar la totalidad de los fenómenos en los cuales se presenta un cumplimiento significativo de lo sensible”.⁷

Otros pensadores, aunque no necesariamente pertenecientes a esta orientación, se ocuparán del símbolo desde la perspectiva filosófica, como es el caso de Alfred North Whitehead, y la particular de la estética, como Susanne Langer y Nelson Goodman. Susanne Langer se referirá al símbolo como ‘la nueva clave’ de la filosofía, de tal modo que “el edificio entero del conocimiento humano se presenta ante nosotros, no como una vasta colección de informes procedentes de los sentidos, sino como una estructura de hechos que son símbolos y de leyes que son sus significaciones”.⁸

El romanticismo retornó las meditaciones de Kant, pero les dio un nuevo giro al replantear radicalmente los términos de la representación en general, como lo hace Hegel, y de la representación simbólica en particular, al establecer, con Schelling y Goethe, una distancia fundamental entre alegoría y símbolo. En esta línea pueden encontrarse ya algunos elementos que retomarán las corrientes hermenéuticas contemporáneas, como la representada por Paul Ricoeur y Gilbert Durand.

Los nuevos desarrollos de la antropología, disciplina que se normaliza en nuestro siglo, y particularmente de ramas como la antropología cultural, social, simbólica y cognitiva, han arrojado nueva

⁷ Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas* (1a. ed. en alemán, 1923-1929), 3 vols., trad. Armando Morones, México, FCE, 1971, 1972 y 1976, y Ernst Cassirer, *Esencia y efecto del concepto de símbolo* (1a ed. en alemán, 1956), trad. Carlos Gerhard, México, FCE, 1975.

⁸ Susanne K. Langer, *Nueva clave de la filosofía; un estudio acerca del simbolismo de la razón, del rito y del arte* (1a. ed. en inglés, 1954), trad. de Jaime Resty Virginia Erhart, Buenos Aires, Sur, 1958.

luz para una interpretación del símbolo en la vida social. Victor Turner y Clifford Geertz imprimen un nuevo sello a la discusión al definir de manera tajante a la cultura misma como sistema simbólico y enfatizar por tanto su carácter social y colectivo. Sólo falta otro paso para que Norbert Elias haga de su *Teoría del símbolo* un ensayo de antropología cultural destinado a mostrar el carácter social y procesual del conocimiento y en él inscriba los símbolos como elementos socialmente regulados.

A partir de Peirce, el estudio contemporáneo del simbolismo ha quedado ligado al de la interpretación. Y a partir de Lévi-Strauss (y aun cuando algunas de sus investigaciones tomaran otro camino), el estudio del simbolismo se ha ligado al estudio de las reglas subyacentes a la dinámica social.

El antropólogo francés contemporáneo Dan Sperber ha retomado el estudio del simbolismo para mostrar que los fenómenos simbólicos no pueden concebirse como unidades discretas que “significan” o que están emparejadas a una estructura de código, sino que son parte de un proceso cuya interpretación depende del contexto: ‘su interpretación no es una significación’.⁹

Los procesos de simbolización constituyen una permanente-puesta en relación del lenguaje y de nuestro acervo de conocimientos con el contexto. No son, por tanto, como el signo, correlacionables con el saber que Sperber denomina de “diccionario” — limitado a definiciones —, sino con el saber “enciclopédico”, relacionado siempre con un estado del mundo y del conocimiento.

El “saber” simbólico no puede entonces reducirse al nivel semántico, puesto que este último versa sobre las categorías y no sobre el mundo, mientras que el valor de verdad de los símbolos no puede deducirse del sentido de las palabras empleadas: depende del estado del mundo. Insiste Sperber en la independencia del simbolismo respecto de la verbalización al mismo tiempo que en su dependencia respecto de la conceptualización. De este modo, “el saber, inclusive cuando es transmitido por la palabra, no reproduce esta palabra, sino que reconstruye el contenido proposicional de la misma, modificándolo y completándolo”. La simbolicidad, entonces, no es -- una propiedad ni de los objetos, ni de los actos, ni de los enunciados, sino más bien de las representaciones conceptuales que los describen y los interpretan’.¹⁰

⁹ Dan Sperber, *El simbolismo en general* (1a. ed. en francés, 1974) 2a. ed. trad. J. M. García de la Mora, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 33, 113.

¹⁰ Zbiú, p. 113.

Concluyo con dos últimas observaciones de Sperber que en mucho pueden contribuir al análisis de los ensayos: para él los procesos de simbolización no son anteriores en tiempo y en sentido a los procesos de conceptualización, sino que son paralelos y alternativos a ellos.

Existe además, según Sperber, y también Todorov,¹¹ una estrecha relación entre procesos simbólicos e interpretativos: ambos se corresponden y siguen caminos inversos, con base en un movimiento triádico: ‘puesta entre comillas’ de una representación conceptual defectuosa o insatisfactoria, ‘focalización’ y ‘evocación’ en un campo de la memoria para una posterior confrontación con un estado del mundo.

Hay en el ensayo una constante revisión de los que Adorno denomina “conceptos preformados culturalmente”, que conduce a su confrontación con un determinado estado del mundo y de los saberes admitidos sobre ese mundo, para proponer una nueva interpretación. El ensayo *es*, para tomar palabras de Borges, “postulación” de una realidad; *es* un nombrar a través de imágenes y metáforas, a la vez que criticar e interpretar; *es* postulación de nuevos nombres, conceptos y símbolos tanto como su reinterpretación.

Por otra parte, y para retomar las ideas de Pierre Bourdieu, los fenómenos de producción de sentido no se pueden entender sin descubrir las relaciones simbólicas a través de las cuales se actualizan a su vez las relaciones de poder entre los hablantes y los grupos: la eficacia de los discursos cultos o especializados — tal *es* el caso del ensayo — “proviene de la oculta correspondencia entre la estructura del espacio social en que se produce — campo político, campo religioso, campo artístico o campo filosófico — y la estructura del campo de las clases sociales en que se sitúan los receptores y con relación a la cual interpretan el mensaje”.¹² Del mismo modo, los textos caracterizados como ensayos ingresan a su vez a un sistema de valoración social determinado. Esto no implica que intentemos reducir el amplio mundo del ensayo a visiones sociológicas o económicas deterministas. El ensayo está relacionado con fenómenos de creación e interpretación, con la experiencia íntima e individual del ensayista, que linda a la vez — maravillas de la producción

¹¹ Tzvetan Todorov, *Simbolismo e interpretación* (1a. ed. 1975), Caracas, Monte Ávila, 1981y, del mismo autor, *Teorías del símbolo* (1a. ed., 1977), Caracas, Monte Ávila, 1981.

¹² Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* (1a. ed. 1982), Madrid: Akal, 1985, p. 15.

de sentido — con fenómenos de lengua — tales, los deícticos —, e incluso con un nivel en el que el lenguaje se escribe a **sí** mismo a través de nosotros. La *deixis* se articula, de todos modos, con la *hexis*, la cultura hecha naturaleza, la situación en coordenadas sociales, culturales e intelectuales concretas, por las que la institución literaria asigna un determinado valor al texto. La interpretación libre se encuentra entonces con la institución, encuentro que en muchos casos, como bien lo mostró Foucault, deja también **su** marca en el texto.

Esto nos conduce a la tercera categoría de análisis propuesta en nuestra investigación, la de “campo cultural”, también definida por Pierre Bourdieu como un campo que posee reglas específicas de producción, reconocimiento y exclusión, que mantiene una autonomía relativa respecto de las demás formaciones sociales y que permite interpretar en **su** especificidad los fenómenos culturales y artísticos.

Los trabajos del proyecto de investigación “Ensayo, simbolismo y campo cultural” se han propuesto llevar a cabo una revisión de la teoría del ensayo desde esta perspectiva, y poner en relación el texto literario con el trabajo interpretativo. **Los** propios estudios de la autora de esta presentación se han centrado también en la revisión de estas categorías de análisis, así como de los problemas de experiencia y sentido, creación y tradición, voz y escritura, uso e interpretación, para contribuir a explorar una nueva forma de estudio del texto literario.

Muchas de las intuiciones y preocupaciones examinadas en el transcurso de este proyecto surgieron de la lectura de Michel de Montaigne, el primer ensayista. Si afirmamos de manera tan tajante que se trata del primer ensayista **es** porque, si bien el esfuerzo interpretativo está presente desde el propio mundo griego, en el cual, como anota Alfonso Reyes, por primera vez la palabra se distancia del horizonte mítico, y si bien poco a poco irán perfilándose muchos otros rasgos del ensayo — recuperación de la propia Observación y la autobiografía, apertura de la duda, planteo de la crítica —, sólo en el autor francés estos rasgos encuentran una nueva articulación. Montaigne duda del conocimiento heredado y **se** propone confrontarlo con la propia experiencia; Montaigne duda del silogismo y propone la observación, la experiencia, el juicio y la razón **como** nuevas estrategias del conocimiento; Montaigne interpreta a partir de **su** situación concreta; Montaigne **es** un hombre que **es** todos los hombres: la condición humana; Montaigne escribe en francés; Montaigne **es** lector crítico; Montaigne vive ya el mundo del libro **y** las nuevas formas de lectura a la vez **que** hace del

libro íntimo de **sus** ensayos escenario de **su** experiencia vital e intelectual. Montaigne se confiesa, duda, se pinta a sí mismo, critica, estudia, opina, interpreta. Montaigne encuentra, por fin, en el ensayo, un laboratorio en el cual ensayar sus ideas. Ha comenzado la era de la experiencia, y Montaigne se propone hacer de **sí** mismo sujeto y objeto de observación y experimentación. Montaigne se representa a **sí** mismo, y al hacerlo descubre la universalidad de la experiencia humana. Una vez más, un acto íntimo y privado se toca con una aventura universal. Montaigne está en su laboratorio, que **es su** gabinete, que **es su** biblioteca, que **es su** castillo. Pero esta en apariencia completa clausura colinda con una situación concreta en un territorio concreto, en el seno mismo de la zona donde se están librando las guerras de religión. Montaigne es hijo de la historia tanto como del instante. Una vez más, la experiencia **es** el laboratorio del sentido, pero éste no se agota allí: se inscribe en un horizonte de sentido más amplio, el de la sociedad y la comunidad.

Además de la que Paul Ricoeur denomina “dialéctica entre acontecimiento y sentido”, ya estudiada por nosotros en otro lugar,¹³ encontramos en el ensayo una relación no menos tensa e intensa: la de la voz y el silencio. En efecto, el ensayo **es** fruto de la experiencia de la escritura. En la advertencia de Montaigne a sus ensayos, se descubre que el libro y la escritura son para él, como para Platón, a la vez que memoria, traición de esa memoria. El empleo de la lengua vernácula, la elección de temas comunes y el tono conversacional para abordarlos, la crítica del sistema de autoridades y el desplazamiento de la glosa por la interpretación libre abren el ensayo de Montaigne al mundo del habla tanto como lo abren al nuevo tipo de obras que comienzan a circular en su época. Si recordamos, con Walter Ong, que “la palabra escrita no puede defenderse como **es** capaz de hacerlo la palabra hablada natural: el habla y el pensamiento reales siempre existen esencialmente en un contexto de ida y vuelta entre personas”, y que “la escritura **es** pasiva; fuera de dicho contexto, en un mundo irreal y artificial”,¹⁴ comprenderemos que junto con el problema de límites entre voz y silencio aparece la presencia mediadora del lector.

El ensayo no puede pensarse sólo como un **reexamen** silencioso de conceptos preformados culturalmente o como el mudo placer de,

¹³ Liliana Weinberg, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, UNAM-FCE, 2001.

¹⁴ Walter Ong, *Oralidad y escritura*, México, FCE, 1987, p. 82.

la escritura o como un mero descubrimiento intelectual, sino también como un debate de ideas y como un diálogo entre el mundo de la oralidad y el mundo del texto. El estudio de ese “contexto” constituido por la realidad extratextual y de ese diálogo “intertextual” con múltiples libros y autores debe enriquecerse por tanto con el estudio de la relación con el mundo de la palabra dicha y escuchada, así como con las complejas modalidades de interacción entre el debate de ideas y la palabra escrita. Esto nos conduce a un nuevo problema: el de la heterogeneidad básica entre el mundo de la oralidad del que proviene la voz del ensayista y el mundo de la escritura para el cual él transcribe “las palabras de la tribu”. El ensayo reproduce esta “heterogeneidad” entre la forma de referir y lo referido. Recordemos que, según la define Antonio Cornejo Polar para el caso de la novela indigenista, la heterogeneidad consiste en una relación asimétrica de dos universos socioculturales distintos y opuestos: el tradicional (instancia referencial) y el moderno occidentalizado (instancias productivas, textuales y de recepción). En este caso, no se trata sólo del universo tradicional de la oralidad, sino también de las diversas prácticas ligadas a la oralidad, a la situacionalidad y al diálogo, que el ensayista debe convertir al universo escrito.

Es llamativo que este tema no haya preocupado particularmente a los estudiosos del ensayo. En *El alma y las formas*, Georg Lukács llama al ensayo “poema intelectual”, pero asocia el poema antes a una vivencia y resolución estética silenciosas que a la voz y al ritmo.¹⁵ Theodor Adorno, filósofo y músico, enriquece su estudio crítico del ensayo con un constante contrapunto con la creación musical; sin embargo, le preocupa poco o nada el problema de la relación del ensayo con la voz humana y el habla. Llama también la atención que ignoren el problema de la oralidad estudiosos que lo tratan desde la literatura, como es el caso de Claire de Obaldia, quien esboza apenas el problema en las primeras páginas de su estudio, sin retomarlo luego. Incluso los acercamientos que se dedican al ensayo como forma discursiva sólo muy superficialmente tratan la relación del discurso escrito con la oralidad.

Se ha advertido el carácter conversacional del ensayo, su “*speech-like quality*”, o se ha tratado de manera superficial su carác-

¹⁵ Georg Lukács, “Sobre la esencia y forma del ensayo (Carta a Leo Popper)” (1a. ed. en alemán, 1911), en *El alma y las formas; teoría de la novela*, trad. Manuel Sacristán, México, Grijalbo, 1985, pp. 13-39.

ter dialógico, sin advertir las profundas consecuencias que esto tiene. En **su** texto “Del culto de los libros”, Jorge Luis Borges tra-za una paradoja perfecta que va de la voz al silencio, de la palabra hablada a la palabra escrita, del surgimiento del libro y la lectura como amenazas al mundo de la oralidad a la conversión del libro escrito en libro sagrado por musulmanes, judíos y cristianos y, por fin, a la conversión del mundo en libro: “y ese libro incesante **es** la única cosa que hay en el mundo: **es**, mejor dicho, **el** mundo”. En **su** ensayo sobre “Los clásicos” nos presenta ya un mundo del libro pensado como deliberado y fatal. También da cuenta Borges de la aparición del libro como escenario intelectual y como opacidad.

En *Mimesis; culture, art, society*, Gunter Gebauer y Christoph Wulf escriben lo siguiente:

Nuestra cultura letrada está también enraizada hasta cierto punto en la oralidad; sigue existiendo una reserva oral básica de conocimiento a la cual la gente recurre después de la adquisición de la escritura, por ejemplo, en el aprendizaje de nuevos significados, la comprensión de **los** extranjeros y la aclaración de ambigüedades. Las culturas letradas poseen sin duda un acopio altamente desarrollado de conocimiento estandarizado; a él **se** puede apelar para hacer referencias internas en el lenguaje, para designar otras palabras y objetivos con palabras. **Sin** embargo, una vez que surgen dificultades de comprensión, se pone en evidencia que el lenguaje literario está firmemente ligado a situaciones prácticas. En la lengua oral el papel del contexto es incomparablemente más significativo y está más mediado físicamente que en el lenguaje literario.¹⁶

El estilo conversacional del ensayo se vincula en sentido amplio con el campo de la tradición cultural a la que pertenece el ensayista, y a la vez en sentido restringido con el campo de la tradición intelectual con la cual entra en relación a través de **sus** lecturas. Al respecto, Roger Chartier analiza dos formas de debate intelectual, una oral y conversacional, al estilo de los salones ilustrados y los cafés ingleses, y otra absolutamente silenciosa, ligada al mundo del libro como ideal de la reflexión filosófica, como **es** el caso de Kant.

La relación del ensayo con la oralidad **es**, una vez más, muy compleja. Por una parte, el ensayo se inscribe en la gran tradición de la

¹⁶ Gunter Gebauer y Christoph Wulf, *Mimesis; culture, art, society*, transl. Don Reneau, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1995, p. 47 (1a. ed. en alemán 1992). La traducción es mía.

lengua y del habla, en el espacio de la plaza pública, el diálogo y el gesto, en las etimologías populares y en el ámbito de lo ostensible. Pero por la otra, se relaciona con la tradición de la retórica y del debate intelectual, que en el siglo XVII tomarán la forma de los salones parisinos o los cafés londinenses, como de manera tan convincente lo ha mostrado el estudioso francés.

Por otra parte, el ensayo no sólo entabla relaciones intertextuales silenciosas, sino en muchos casos polémicas, vehementes, apasionadas. El ensayo busca convencer, pero de una manera y en una gama mucho más amplia que la reconocida tradicionalmente por la retórica: busca también nombrar, renombrar, seducir, alcanzar una escucha, debatir, incluir, excluir. . .

El libro mudo **es** también escenario de autopercepción intelectual: “He aquí mis pensamientos, a través de los cuales no busco dar a conocer las cosas sino a mí mismo”; “No garantizo **así** más certeza que la de dar a conocer hasta qué punto llega en estos momentos el conocimiento que tengo; “No se atiende a las materias sino a la forma que les doy”, escribe Montaigne en “De los libros”.¹⁷

En ese mismo texto, el primer ensayista ha pintado de manera singular la lucha entre el decir y el escribir, entre el decir y el referir: “Pues hago decir a otros lo que yo no puedo decir tan bien, ya por la debilidad de mi lenguaje, ya por la debilidad **dé** mi juicio”; “De las razones e invenciones que trasplanto a mi suelo y que confundo con las mías, he omitido algunas veces, a sabiendas, la indicación del autor [...]. Quiero que golpeen las narices a Plutarco dando un golpe a las mías y que se acaloren injuriando a Séneca en mí” (II, 10). Dar expresión a las propias ideas a través de las palabras de los otros; identificarse con ellas al punto de poder defenderlas como si fueran suyas; **es** ésta una tarea que heredarán los ensayistas todos.

Para el estudio de la relación del ensayo con la palabra **es** pues necesario atender a varias mediaciones: el mundo del habla y el de la escritura, el estilo directo y el indirecto, las complejas operaciones que se cumplirán mediante diversas dosis de imaginación, crítica, interpretación.

Nuestra propuesta para el estudio del ensayo radica en “desneutralizarlo” y extraerlo de ese espacio “universal” sin valencia donde quieren ponerlo ciertas corrientes críticas. El ensayo

¹⁷ Michel de Montaigne, *Essais*, en *Oeuvres complètes*, texto establecido por Albert Thibaudet y Maurice Rat, introd. y notas de Maurice Rat, París, Gallimard, 1962 (*Bibliothèque de la Pléiade*, 14), II, 10. La traducción es mía.

surge en una situación concreta, su detonante **es** una experiencia específica (y en esta categoría se incluyeron, por supuesto, tanto las experiencias propiamente “empíricas” como aquellas otras de tipo intelectual, típicas, estas Últimas, de los ensayos de Borges), y puede sin duda hablar de temas universales, aunque aun en este caso, como con agudeza lo comenta Bourdieu, “la capacidad de comprender simultáneamente los diferentes sentidos de una palabra”, **así** como, ‘*u fortiori*, la capacidad de manipularlos prácticamente” **es** también “una buena muestra de la capacidad típicamente culta de salirse de una situación y romper la relación práctica que une una palabra a un contexto práctico”, para verla “como el punto de convergencia de todas las posibles relaciones con las situaciones **así** tratadas y con tantos otros ‘casos particulares de lo posible”’.

Collingwood decía que hacer historia **es** clavar un clavo en el vacío. Parafraseando estas palabras, me atrevo a decir que hacer ensayo **es** clavar un compás en el vacío: con la primera punta del compás, cuya dirección anticipa el ensayista, el sujeto se instala en el mundo de sentido que lo precede; hecho esto, la segunda punta articulada, avanzando de un ámbito cercano a otro más lejano, de la propia situación al horizonte de sentido, traza un círculo interpretativo. En el espacio intermedio, a la vez recortable e infinito, a la vez concreto y pluridimensional, se alojan nada menos que sociedad, historia, tradición y cultura, constituidos en horizonte necesario de todo ensayo.

En suma: la nueva vía para el estudio del ensayo que hemos procurado explorar y que se sometió a discusión entre los miembros del proyecto y estudiosos invitados parte de un punto de arranque diverso del que ha adoptado la crítica en general. En efecto, la hipótesis que sustentan varios de nuestros trabajos **es** que no **es** posible entender el ensayo de manera descontextualizada, y esto no porque se adopte una perspectiva sociologista o psicologista, sino porque el primer movimiento del ensayo **es** un nombrar interpretando, y toda interpretación obliga necesariamente a una confrontación del hacedor del texto con el mundo de saberes y creencias que lo rodea con el fin de establecer el diálogo con una comunidad de lectores y renovar un contrato de inteligibilidad. Enfatizamos también la necesidad de una perspectiva dinámica que permita seguir en el tiempo los pasos constitutivos del ensayo, tensa entre dos polos: experiencia y sentido, creación y tradición, intimidad e institución, crítica de conceptos e interpretación de símbolos, oralidad y escritura, discurso y texto. E insistimos, como bien lo confirmó el

encuentro plural con el que culminó este proyecto, en el enorme enriquecimiento que supone la perspectiva inter y transdisciplinaria, **así** como el renovado diálogo que nos pone al día respecto de la más reciente reflexión de filósofos, antropólogos, historiadores, lingüistas y críticos literarios.

Los textos que integran el presente libro tienen, como ya se dijo, **su** origen en los trabajos del Proyecto “Ensayo simbolismo y campo cultural”, uno de cuyos resultados fue el coloquio “Ensayo/Interpretación”, que se llevó a cabo entre los días 26 y 30 de octubre de 1998 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Este volumen integra la gran mayoría de las ponencias presentadas en esa ocasión, junto con una selección de textos vinculados a esos mismos temas que son fruto de los trabajos del proyecto. A lo largo de estas reuniones académicas se pusieron a prueba, discutieron y enriquecieron muchas de las ideas y perspectivas arriba planteadas.

El libro se abre con un grupo de textos dedicados a pensar el ensayo, **así** como a reflexionar en torno a la relación entre literatura, conocimiento, verdad y valor, uno de los temas centrales de nuestro análisis.

José Luis Gómez-Martínez, especialista en ensayo hispanoamericano de la Universidad de Georgia, Athens, quien ha hecho ya importantes revisiones de la teoría del ensayo y **es** miembro correspondiente de este proyecto, se preocupa por revalorar la lectura ensayística, fundante de una hermenéutica que permita superar las posiciones relativistas y deconstructivistas en torno al sentido del texto en favor de una defensa del discurso antrópico.

Adolfo Castañón, Francisco Segovia y Josu Landa vuelven a Montaigne, padre del ensayo, para mostrarnos por esta vía algunos **de** los rasgos fundamentales del género. Adolfo Castañón, profundo conocedor de la obra de Montaigne, nos ofrece en el texto de la conferencia inaugural del coloquio una semblanza original del ensayista, considerado “el más moderno de los antiguos y el más antiguo de los modernos” y reflexiona sobre el significado de un “clásico”.

Francisco Segovia se preocupa por el ensayo en cuanto acto **de** escribir, y no sólo en cuanto escritura, a través del cual se da una vinculación íntima y personal del ensayista con su lector y con el ámbito de lo público.

Josu Landa plantea la continuidad entre escritura y subjetividad y muestra la paradoja — fundamental para el caso del ensayo — de un discurso que resulta al mismo tiempo personal y universal. Muestra también Landa cómo existe una voluntad de verdad en el ensayo y una “ética de la escritura” que “garantiza una función de verdad a la veracidad de los ensayos de Montaigne, junto con la consiguiente superación de todo subjetivismo, solipsismo, relativismo”.

Aralia López González se preocupa por el proceso creador del ensayo, y retoma las nociones de límite y nostalgia, ya presentes en Lukács, como clave para acercarnos a la comprensión de la forma y naturaleza del ensayo.

Ambrosio Velasco reexamina la relación entre ensayo y filosofía a la luz de la crítica de “la idea excluyente y dominante de la racionalidad metódicamente disciplinada”, crítica llevada a cabo hoy desde la propia epistemología, preocupada por repensar las condiciones del conocimiento personal y el reconocimiento de que ni aun las proposiciones científicas pueden necesariamente reducirse siempre a expresiones independientes de quien las afirma: ensayo, filosofía y ciencia comparten una “pasión heurística” fundamental para permitir una interpretación novedosa de la tradición.

Carlos Pereda se pregunta por los orígenes de la tradición ensayística, a la que considera una “tradición de la experiencia enfática de la subjetividad” y plantea cuatro rasgos fundamentales para entender el ensayo latinoamericano: “particularidad, destreza retórica, argumentación pública e intervención directamente normativa”, en un género que se caracteriza, siempre según Pereda, por una “inteligencia concreta”. Contrapone el autor “el punto de vista de la tercera persona propio del ‘discurso de la *episteme*’, de la investigación científica o filosófica”, y “el punto de vista de la primera persona, en el que cada individuo *es* un alguien en particular: de la persona concreta en un tiempo y un lugar determinados”, y muestra la protesta del ensayista contra las “pretensiones absolutistas” del conocimiento “objetivo”.

Por su parte, Horacio Cerutti Guldberg reflexiona sobre la tradición del ensayo latinoamericano, que, lejos de ocupar un lugar marginal respecto de otras formas discursivas y reflexivas, traduce “el modo como se produce intelectualmente en la región”, y que desde la etapa de formación de los Estados nacionales ha constituido una forma de vinculación de los intelectuales con las demandas de los diversos sectores de la sociedad. Revaloriza el ensayo por su

fuerza anticipatoria y **su** capacidad de integrar diversas fuentes, en muchos casos fragmentarias y dispersas, en un discurso propositivo que resulta en ocasiones heterodoxo. **Y** afirma que ‘el ensayo produce conocimiento y lo produce porque por lo menos uno de sus elementos fundamentales de trabajo **es** la metáfora’.

Siguen a este primer grupo otros textos ligados al estudio del simbolismo y la interpretación, dentro de la sección del mismo nombre. El antropólogo mexicano Rafael Pérez Taylor hace una amplia revisión de la tan promisoriosa línea de la antropología simbólica. El autor revisa las implicaciones del acto de nombrar, que da sentido al objeto, lo clasifica e incorpora a la cultura a la vez que lo legitima socialmente, lo convierte en objeto histórico y lo inserta en la memoria colectiva, y se relaciona así con un complejo proceso de interpretación-explicación. Como dice Pérez Taylor, ‘comprender el símbolo **es** vivirlo’.

Los aportes de la reflexión etnográfica no pueden ya seguir siendo desconocidos para la crítica literaria, como lo muestra de manera convincente el trabajo del crítico Gabriel Weisz, ‘Brechas por escrituras culturales y rumbos literarios’ cuyo escrito retoma, entre otros, el problema de la intencionalidad desde una perspectiva posderrideana.

La escritora y crítica argentina María Rosa Lojo completa **su** visión del concepto de símbolo en torno a una figura central como la de Ernst Cassirer: fundamentales son los avances que se han hecho sobre el simbolismo desde el psicoanálisis y la teoría de las religiones, como es el caso de este pensador, cuyos trabajos han contribuido, a **su** vez, a enriquecer el estudio de los símbolos literarios.

Mauricio Beuchot, profundo conocedor en nuestro medio de la obra de Charles Sanders Peirce, sin duda uno de los grandes fundadores de la reflexión sobre el simbolismo y la interpretación, se dedica a la comparación del concepto de **icono** en Peirce y el concepto de **símbolo** en Cassirer y Ricoeur. La caracterización que Beuchot ofrece del símbolo, en su capacidad de hacernos ver el todo a partir del fragmento, en **su** capacidad de hacernos superar el límite por el recurso analógico, se acerca llamativamente a las caracterizaciones del ensayo mismo, como superación del fragmento y del límite.

Mariflor Aguilar Rivero plantea, en un texto altamente sugestivo, un tema novedoso y de gran interés: el de la **escucha**, que permite a su vez presagiar el papel fundador que volverá a adquirir la reflexión ética en nuestro campo de estudios.

Por **su** parte, Adriana de Teresa se dedica a un tema medular en nuestra concepción del ensayo: la interpretación, y revisa varios de

los principales tópicos relacionados con el tema, como el carácter histórico de toda comprensión o la constitución de una comunidad hermenéutica, para mostrar cómo a través de la interpretación se da una articulación de procesos individuales sociales. De Teresa enlaza los debates contemporáneos sobre interpretación e hiperinterpretación con los antiguos debates en torno al carácter natural o arbitrario de la relación entre el nombre y la cosa.

Siguen a estos estudios teóricos algunas muestras de la aplicación de la perspectiva simbólica al análisis textual, tal y como se ha llevado a cabo por parte de algunos miembros del proyecto. Hernán Taboada estudia la relación entre “Símbolo y poder en la ciudad letrada”. Ricardo Melgar Bao, corresponsable del presente proyecto, analiza el problema del símbolo a la luz de la obra de José María Arguedas. Por su parte, Hsiao-Chuan Chen hace lo propio en su análisis de la obra de otro gran escritor latinoamericano, Miguel Ángel Asturias, y determina tres niveles de análisis para el estudio de los procesos de simbolización en la obra literaria: el político, el existencial y el religioso.

La tercera categoría de análisis examinada en el proyecto, la de campo cultural, introducida por el filósofo y sociólogo francés Pierre Bourdieu, quien la relaciona además con otras categorías como campo artístico y campo intelectual y con el magno problema del lenguaje y el poder simbólico, es retomada en este libro dentro de la sección que lleva por título “Campo cultural”.

Carlos Alberto Guzmán revisa esta categoría a la luz de un tema de enorme importancia y lo analiza desde una línea de investigación novedosa: el estudio de las antologías literarias en el siglo XIX hispanoamericano. El enfoque combinado que le brindan el concepto de “campo” de Bourdieu y el de “polisistema” de Even-Zohar y Sheffy le permite estudiar conjuntos o series de textos literarios representativos de una región y agrupados conforme a diversos criterios, entre los cuales cumple un papel fundamental la identificación, no de un autor individual, sino de un sujeto social productor, inserto a su vez en un campo intelectual específico.

César Alejandro Márquez Aguayo aplica la noción de campo al estudio de la obra del gran escritor mexicano Jorge Cuesta. El crítico propone una revisión de la obra de Cuesta y de los Contemporáneos desde la perspectiva del campo intelectual. Para que se constituya un campo, tal como lo plantea Bourdieu y lo resume Márquez Aguayo, “es necesaria la presencia de un capital cultural y de integrantes de ese campo [...] en lucha constante por la pose-

sión de mejores posiciones simbólicas y de una mayor cantidad de capital simbólico, además de una determinada autonomía respecto de otros campos, espacios y figuras de poder’.

Antonio Prieto Stambaugh aplica el problema de la simbolización al tan debatido tema de la “identidad”, uno de los grandes tópicos del ensayismo latinoamericano, que Prieto reexamina de manera sugestiva a partir de los elementos teóricos de la crítica de la posmodernidad y de las más recientes corrientes antropológicas, para a **su** vez proponer un estudio de la construcción simbólica de identidades y alteridades dentro del continente americano, particularmente centrado en “el imaginario de la frontera”.

Siguen a este texto dos estudios dedicados al ámbito brasileño: María del Consuelo Rodríguez Muñoz se dedica a “Literatura, crítica y mestizaje en Brasil: el pensamiento de Silvio Romero”, autor a través de cuyos ensayos **es** posible rastrear el problema de la relación entre literatura y vida nacional, en una posición de ruptura con el romanticismo y acercamiento al naturalismo y al positivismo, **así** como su particular sensibilidad para pensar el tema de la cultura popular y el mestizaje.

Por su parte, Regina A’da Crespo hace un estudio comparado de los ensayos de José Vasconcelos, Monteiro Lobato y Paulo Prado a la luz de sus visiones sobre “lo nacional”, y propone una muy significativa interpretación de sus vidas como auténticas biografías sociales y sus consecuentes lecturas de la realidad nacional así como su peculiar relación con la tradición intelectual europea que reinterpretan.

Al final de esta sección, Gloria Alicia Caudillo Félix emprende una muy original lectura antropológica del discurso indio contemporáneo, a través del análisis del simbolismo y del concepto incluyente del “nosotros” en la Declaración de Quito.

Cierran el libro varios esfuerzos por analizar textos ensayísticos concretos, reunidos en la sección “Dimensiones del ensayo”. Carmen Chaves Tesser, María Aiidueza y Gretchen Trautmann **se** dedican al ensayo en Feijoo, figura fundamental del pensamiento de la ilustración cristiana. El caso del autor español **es** clave para visitar, como lo hace Carmen Chaves, el problema del vínculo entre representación artística y representación política y la relación entre los conceptos de “nación” y “tradicición”. Chaves se dedica también a revisar la estructura de los ensayos de Feijoo y su intento por persuadir a los miembros ilustrados de la “república de las letras”, **así** como a comparar sus ideas con las que los **so**-ciólogos y antropólogos contemporáneos consideran clave para la

construcción de la identidad. Por su parte, Andueza destaca la labor fundadora de este autor, reconocido por la crítica, más que como un precursor, como el verdadero padre del moderno ensayo español, quien escribió “discursos que son polémicos, innovadores, ilustrados, experimentales, científicos, etc.”, mostrando siempre su subjetividad: “yodiscurso, yo critico, yo interpreto”. Como cierre de este grupo, Trautmann aborda el problema de la relación entre lenguaje y verdad, metáfora y concepto, nociones que constituyen algunos de los grandes temas de debate contemporáneo y que pueden rastrearse ya en el pensamiento de la Ilustración.

El análisis que Norma Villagómez Rosas dedica al ensayo modernista de Rubén Darío **es** uno de **los** más elocuentes ejemplos del tipo de estudios que propone nuestro proyecto, en cuanto se propone vincular el ensayo con un campo intelectual específico, en este caso, el modernista, que a la vez que retoma la herencia simbolista, la reinterpreta y reviste de un nuevo sentido americanista.

Otro de los grandes temas de atención de nuestras reflexiones **es** el de la relación entre la experiencia personal del escritor y la producción de sentido a través del texto. Leonardo Martínez Carrizales estudia a Alfonso Reyes, y a partir de un elemento particularmente significativo, la muerte del padre, traza un complejo panorama en el que se entretajan la vida y el ensayo.

Ezequiel Martínez Estrada **es** uno de los ensayistas latinoamericanos que más claramente ha trazado el ámbito del ensayo como un espacio automarginado del poder y de las instituciones que lo ejercen. En **su** genial diseño de un “nosotros”, Martínez Estrada pergeña un pacto de alianza entre autor y lector consistente en el ejercicio implacable de la paradoja. El estudio a él dedicado por Marisela Hernández Gómez lleva por título “Formar lo informe”, expresión que muy bien caracteriza el esfuerzo del ensayo por interpretar el mundo y la historia.

Finalmente, mi propio trabajo se dedica a dos textos fundamentales: *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, y *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, **así** como al estudio de los procesos interpretativos y de simbolización que en ellos se llevan a cabo, con el objeto de ofrecer algunos elementos para una nueva propuesta de lectura del ensayo.